

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
28 de junio de 2015
Sab 1,13-15; 2, 23-24 / 2Cor 8, 7, 9, 13-15 / Mc 5, 21-43

Retomando ahora las palabras que he dicho al principio como introducción, el evangelio del domingo pasado terminaba con la pregunta que se hacían los discípulos tras constatar la autoridad con que Jesús calmaba la tormenta en el lago de Galilea: "¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!". Una pregunta que no respondía a la que Jesús les había hecho antes: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?". El evangelista Marcos deja colgados en el aire estos interrogantes, pero de manera suave, sin angustias, a pesar del dolor de las personas que sufren, nos hace entrar en el conocimiento de Jesús: "¿Quién es éste?". Nos hacemos también nosotros interiormente esta pregunta y ojalá que al salir de la celebración de hoy podamos tener una respuesta. Los discípulos que se hicieron la pregunta, ahora llegados a tierra, sin esperarlo, se encuentran con una respuesta: son testigos directos de dos testimonios de fe que Jesús no les ha pedido antes.

Jesús acaba de desembarcar y, rodeado de gente que quería escucharlo en la misma orilla del agua, he aquí que llega Jairo, hombre religioso e importante por ser uno de los jefes de la sinagoga del lugar, el hombre que tenía que dirigir el culto y las oraciones de los fieles judíos los sábados, hace el gesto, reverencial, religioso de postrarse ante Jesús y pedirle la curación de su hija que está muy grave, porque le considera un profeta, no un sanador cualquiera: que le imponga las manos, gesto de profeta, y la niña no va a morir. Jesús le atiende y se marcha con el padre hacia la casa, rodeado de mucha gente. De todas formas, y ahora prescindiendo momentáneamente de la interferencia de la mujer que padecía flujo de sangre, parece que Jesús no tenga demasiada prisa y mientras la niña se muere. Lo cual comunican al padre para que no moleste más el maestro, noticia que Jesús aprovecha, antes de que el padre pueda decir algo, para alentar la fe de aquel padre angustiado: "No temas; basta que tengas fe". El hombre que pudo dejar el camino de la fe en Jesús a medias tras escuchar la noticia nefasta y definitiva, se deja convencer por Jesús y, con Él, va hasta el final: Jairo hace caso de Jesús y puede recuperar viva a su hija de doce años. En la palabra de Jesús *Talitha qumi*, (contigo hablo, niña, levántate), él siente reavivarse en su corazón la fe en el Maestro, asombrados todos los presentes y llenos de admiración y respeto.

El texto evangélico, y lo mismo encontramos en los otros evangelistas sinópticos, interrumpe la narración de Jairo con la irrupción repentina de la mujer enferma hacía doce años. Una mujer de fe no expresada exteriormente y decepcionada por la inoperancia de los médicos y de las medicinas: el Maestro Jesús la tiene que salvar. Sabía que su enfermedad era causante de impureza legal si tocaba otras personas, por eso opta por poder tocar a Jesús, aunque sea sólo el vestido, para curarse. La gran fe escondida de la mujer obtiene una curación también escondida por parte de Jesús, pero que este quiere hacer explícitos tanto la curación como la fe de la mujer: "¡Tu fe te ha salvado!". Prisionera como estaba de las normas y obligaciones de la ley antigua que la obligaba a vivir segregada de la gente, Jesús la reintegra a la comunidad del Reino, curada no sólo de la enfermedad, sino también de las obligaciones de la Ley: "Vete en paz y con salud".

Hermanos: Jesús camina en medio de los hombres y mujeres del mundo haciendo el bien, atendiendo a las necesidades de todos en la tribulación. Esta es la respuesta a la pregunta que nos hacíamos al principio: "¿Quién es éste?". Caminando con Él, siguiéndolo paso a paso a través de los evangelios, le vamos descubriendo y amando. Él camina, pasa, y deja rastro. Un rastro inconfundible, el del amor a todos. Un rastro,

sin embargo, que no detectaremos si no estamos abiertos de corazón a la fe y a la esperanza. Que la práctica de los sacramentos de la iglesia, sobre todo de la Eucaristía, sea para nosotros a lo largo de la vida como el querer tocar a Jesús, aunque sea un poco, de la mujer: este deseo es indicativo de la fuerza de nuestra fe.